

Ya desde el tiempo de Fernando é Isabel se levanta tan alto el solio de los reyes de Castilla, que en su presencia apenas se divisan las instituciones libres; y si después de la muerte de la reina vuelven á aparecer sobre la escena los grandes y el pueblo, es porque con la mala inteligencia entre Fernando el Católico y Felipe el Hermoso, habia perdido el trono su unidad, y por consiguiente su fuerza. Así es que tan pronto como cesan aquellas circunstancias, solo se ve figurar el trono; y esto no solo en los últimos dias de Fernando, sino tambien bajo la regencia de Cisneros.

Exasperados los castellanos con las demásias de los flamencos, y alentados tal vez con la esperanza de la debilidad que suele llevar consigo el reinado de un monarca muy joven, volvieron á levantar su voz. Las reclamaciones y quejas degeneraron luego en disturbios, convirtiéndose despues en abierta insurreccion. A pesar de las muchas circunstancias que favorecian sobre manera á los comuneros, á pesar de la irritacion que debió de ser general á todas las provincias de la monarquía, notamos sin embargo que el levantamiento si bien es considerable, no es tal sin embargo que presente la extension y gravedad de un alzamiento nacional; manteniéndose buena parte de la Península en una verdadera neutralidad, é inclinándose otra á la causa del monarca. Si no me engaño, esta circunstancia indica el inmenso prestigio que habia adquirido el trono, y que era mirado ya como la institucion mas dominante y poderosa.

Todo el reinado de Carlos V fué lo mas á propósito para llevar á cabo la obra comenzada; pues habiéndose inaugurado bajo el auspicio de la batalla de Villalar, continuó con no interrumpida serie de guerras, en que los tesoros y la sangre de los españoles se derramaron por todos los paises de Europa, África y América con prodigalidad excesiva. Ni siquiera se daba á la nacion el tiempo para cuidar de sus negocios; estaba privada casi siempre de la presencia de su rey, y convertida en provincia de que disponia á su talante el emperador de Alemania y dominador de Europa. Es verdad que las cortes de 1538 levantaron muy alto la voz, dando á Carlos una leccion severa en lugar del servicio que pedia; pero era ya tarde, el clero y la nobleza fueron arrojados de las cortes, y limitada en adelante la representacion de Castilla á los solos procuradores: es decir, condenada á no ser

mas que un mero simulacro de lo que era antes, y un instrumento de la voluntad de los reyes.

Mucho se ha dicho contra Felipe II; pero á mi juicio no hizo mas que colocarse en su lugar propio, y dejar que las cosas siguieran su curso natural. La crisis habia pasado ya, la cuestion estaba decidida; para que la nacion volviese á recobrar la influencia que habia perdido, era necesario que pasase sobre España, la innovadura accion de los siglos.

Mas no debe creerse por esto, que la obra de cimentar el poder absoluto estuviera ya tan acabada que no quedase ningun vestigio de la antigua libertad; pero refugiada esta en Aragon y Cataluña, nada podia contra el gigante que la enfrenaba desde el centro de un pais ya del todo dominado, desde la capital de Castilla. Quizas los monarcas hubieran podido hacer un ensayo atrevido, cual era el descargar de una vez un golpe recio sobre cuanto los embarazaba; pero por mas probabilidades que tuvieran de buen éxito, atendidos los poderosos medios de que disponian, se guardaron muy bien de hacerlo: permitieron á los habitantes de Navarra y de la Corona de Aragon, el disfrutar tranquilamente de sus franquicias, fueros y privilegios; cuidaron que no se pegase el contagio á las otras provincias; y con los ataques parciales; y sobre todo con el desuso, lograron que se fuera enfriando el celo por las libertades antiguas, y que insensiblemente se acostumbraran los pueblos á la accion niveladora del poder central (13).

CAPITULO LXVII.

EN el cuadro que acabó de bosquejar, y cuya rigurosa exactitud nadie es capaz de poner en duda, no se ve la opresora influencia del Catolicismo, no se descubre la alianza entre el clero

y el trono para matar la libertad; solo se presenta á nuestros ojos el curso regular y natural de las cosas, el sucesivo desarrollo de acontecimientos, contenidos los unos en los otros como la planta en su semilla.

Por lo tocante á la Inquisicion, creo haber dicho lo suficiente en los capítulos donde traté de ella; solo observaré ahora, que no es verdad que se prostituyese á la voluntad de los monarcas, y que estuviese en manos de estos como instrumento político. Su objeto era religioso; y tanto distaba de apartarse de él para lisonjear la voluntad del soberano, que como hemos visto ya, no tenia reparo en condenar las doctrinas que ensanchaban injustamente las facultades del rey. Si se me objeta que la Inquisicion era intolerante por su misma naturaleza, y que así se oponia al desarrollo de la libertad, replicaré que la tolerancia, tal como ahora la entendemos, no existia á la sazón en ningun pais de Europa; y que en medio de la intolerancia religiosa se emanciparon los comunes, se organizaron las municipalidades, y se estableció el sistema de las grandes asambleas, que bajo distintos nombres intervenian mas ó menos directamente en los negocios públicos.

No se habian entonces trastornado las ideas, dando á entender que la religion era amiga y auxiliar de la opresion de los pueblos; muy al contrario, estos abrigaban un vivo anhelo de libertad, de adelanto, que se avenia muy bien en sus espíritus con una fé ardiente, entusiasta, que consideraba muy justo y saludable que no se tolerasen creencias opuestas á la enseñanza de la Iglesia Romana.

La unidad en la fé católica no constriñe á los pueblos como aro de hierro; no les impide el moverse en todas direcciones: la brújula que preserva el extravío en la inmensidad del Océano, jamás se apellidó la opresora del navegante.

La antigua unidad de la civilizacion europea ¿carecia por ventura de grandor, de variedad y de belleza? La unidad católica que presidia á los destinos de la sociedad, ¿embargaba acaso su movimiento, ni aun en los siglos bárbaros? ¿Habeis fijado la vista sobre el grandioso y placentero espectáculo que presentan los siglos anteriores al xvi? Parémonos un momento á considerarle, que así se comprenderá mejor con cuánta verdad he afirmado, que el curso de la civilizacion fué torcido por el Protestantismo.

Con el inmenso sacudimiento producido por la colosal empresa de las cruzadas, obsérvase cual hierven los poderosos elementos depositados en el seno de la sociedad. Avivada su accion con el choque y el roce, multiplicadas con la union las fuerzas, desplégase por do quiera y en todos sentidos, un movimiento de calor y de vida, seguro anuncio del alto grado de civilizacion y cultura á que en breve debia encumbrarse la Europa. Cual si una voz poderosa hubiese llamado á la vida las ciencias y las artes, presentábase de nuevo en la sociedad, reclaman á voz en grito proteccion y distinguido acogimiento; y los castillos del feudalismo, legado de las costumbres de los pueblos conquistadores, vense de repente iluminados con una ráfaga de luz, que recorre con la velocidad del rayo todos los climas y paises. Aquellas bandas de hombres que escarbaban fatigosos la tierra en provecho de sus señores, levantan erguida su frente; y con el brio en el corazon y la franqueza en los labios, demandan una parte en los bienes de la sociedad: dirigiéndose recíprocamente una mirada de inteligencia, se unen, y reclaman de mancomun que se sustituyan las leyes á los caprichos.

Entonces se forman, se engrandecen, se muran las poblaciones; nacen y se desenvuelven las instituciones municipales; y acechando tamaña oportunidad los reyes, juguete hasta entonces del orgullo, ambicion y terquedad de los señores, forman causa comun con los pueblos. Amenazado de muerte el feudalismo entra con denuedo en la lucha; pero en vano: una fuerza mas poderosa, que los aceros de sus mismos adversarios le detiene; cual si le oprimiera el ambiente que le rodea, siente embargados sus movimientos y debilitada su energía; y desconfiando ya de la victoria, se abandona á los goces con que le brinda el adelanto de las artes.

Trocando la ferrada cota por el delicado traje, el robusto escudo por el blason lujoso, el ademan y continente guerrero por los modales cortesanos, zapa por su misma basa todo su poder, deja que se desenvuelva completamente el elemento popular y que tome creces cada dia mayores el poder de los monarcas.

Robustecido el cetro de los reyes, desenvueltas las instituciones municipales, socavado y debilitado el feudalismo, cayendo de continuo á los golpes de tantos adversarios los restos de barbarie y de opresion que se notaran en las leyes, veíanse un número considerable de grandes naciones, presentando, y esto por

la primera vez en el mundo, presentando el apacible espectáculo de algunos millones de individuos reunidos en sociedad, y que disfrutaban de los derechos de hombre y de ciudadano.

Hasta entonces se había tenido siempre el cuidado de asegurar la tranquilidad pública, y hasta la existencia de la sociedad, separando del juego de la máquina á gran parte de los hombres por medio de la esclavitud; y esto probaba á la vez la degradacion, y la flaqueza intrínseca de las constituciones antiguas. La religion cristiana con el animoso aliento que inspiran el sentimiento de las propias fuerzas y el ardiente amor de la humanidad, no dudando de que tenia á la mano muchos otros medios para contener al hombre, sin que necesitase apelar á la degradacion y á la fuerza, habia resuelto el problema del modo mas grande y generoso. Ella habia dicho á la sociedad: "¿temes esa inmensa turba que no cuenta con bastantes títulos para poseer tu confianza? pues yo salgo fiador por ella; tú la sojuzgas con una cadena de hierro al cuello, yo domeñaré su mismo corazon; suéltala libremente, y esa muchedumbre que te hace temblar como manada de bestias feroces, se convertirá en clase útil para sí y para tí misma." Y habia sido escuchada esta voz; y libres ya del férreo yugo todos los hombres, trabábase aquella noble lucha que debia equilibrar la sociedad, sin destruirla ni desquiciarla.

Ya hemos visto mas arriba que se hallaban á la sazón, cara á cara, adversarios muy poderosos; y si bien eran inevitables algunos choques mas ó menos violentos, nada habia que hiciese presagiar grandes catástrofes, con tal que combinaciones funestas no vinieran á romper el freno, único capaz de dominar ánimos tan briosos y tal vez exasperados, quitando de en medio aquella voz robusta que hubiera dicho á los combatientes: *basta*; aquella voz que hubiera sido escuchada con mas ó menos docilidad, pero lo suficiente para templar el calor de las pasiones, moderar el ímpetu de los ataques, y prevenir escenas sangrientas.

Dando una ojeada sobre Europa á fines del siglo xv y principios del xvi, buscando los elementos que campeaban en la sociedad, y que entrando en reñida competencia podian turbar su sosiego, descúbrese el poder real elevado ya á grande altura, sobre los señores y los pueblos. Si bien se le observa todavia complaciendo á sus rivales, y abalanzarse hácia unos por sojuzgar á los otros, se conoce fácilmente que aquel poder es ya indestructible;

y que mas ó menos coartado por los recuerdos altaneros del feudalismo, y por la fuerza siempre creciente é invasora del brazo popular, debia quedar no obstante, como un centro que pusiese á cubierto á la sociedad de violencias y demasías. Tan marcada era la direccion hácia este punto, que con mas ó menos claridad, con caracteres mas ó menos semejantes, se presenta por do quiera el mismo fenómeno.

Las naciones eran grandes en extension y abundantes en número; abolida la esclavitud se habia sancionado el principio de que el hombre debia vivir libre en medio de la sociedad, disfrutando de sus beneficios más esenciales, quedándole ancho campo para ocupar un grado mas ó menos elevado en la gerarquía, segun fueran los medios que emplease para conquistarlo. Desde entonces la sociedad habia dicho á todo individuo: "Te reconozco como á hombre y como á ciudadano; desde ahora te aseguro estos títulos: si deseas una vida sosegada en el seno de tu familia, trabaja y ahorra; y nadie te arrebatará el fruto de tus sudores, ni limitará el uso de tus facultades; si codicias grandes riquezas, mira como las adquieren los otros, y despliega tú como ellos igual grado de actividad y de inteligencia; si anelas la gloria, si ambicionas los grandes puestos, los títulos brillantes, ahí están las ciencias y las armas; si tu familia te ha transmitido un nombre ilustre, podrás acrecentar su esplendor; cuando no, tú mismo podrás adquirirlo."

Hé aquí como se presentaban las condiciones del problema social á fines del siglo xv. Todos los datos se hallaban á la vista; todos los grandes medios de acción estaban descubiertos y se iban desenvolviendo rápidamente; la imprenta transmitia ya el pensamiento de un extremo á otro del mundo con la rapidez del relampago, y aseguraba su conservacion para las generaciones venideras; la comunicacion de los pueblos, el renacimiento de las bellas letras y las artes, el cultivo de las ciencias, el espíritu de viaje y de comercio, el descubrimiento de un rumbo nuevo para las Indias orientales, y el de las Américas, la afición á las negociaciones políticas para arreglar las relaciones internacionales, todo se habia combinado ya para que recibieran los ánimos aquel fuerte impulso, aquel sacudimiento, que dispierta y desarrolla á la vez todas las facultades del hombre, comunicando á los pueblos una nueva vida.

Apenas puede alcanzarse, cómo en vista de datos tan positivos

y ciertos, de tanto bulto que basta abrir la historia para tropezar con ellos, se haya podido decir seriamente que el Protestantismo hizo progresar al linaje humano. Si anteriormente á la reforma de Lutero, se hubiera visto á la sociedad estacionaria, sin salir del caos en que la sumergieran las irrupciones de los bárbaros; si los pueblos no hubieran acertado á constituirse en grandes naciones, con formas de gobierno mas ó menos bien organizadas, pero que sin disputa llevaban ventaja á cuantas hasta entonces habian existido; si la administracion de justicia, mas ó menos bien ejercida, no hubiese tenido ya un sistema de legislacion muy moral, muy razonable y equitativo, donde pudiera fundar sus fallos; si los pueblos no hubiesen sacudido en gran parte el yugo del feudalismo, adquiriendo abundantes medios para la conservacion y defensa de las libertades; si el régimen administrativo no hubiese ya dado gigantescos pasos con el establecimiento, extension y mejora de las municipalidades; si engrandeciéndose, robusteciéndose y solidándose el poder real no se hubiese creado en medio de la sociedad un centro fuerte para ejecutar el bien, impedir el mal, contener las pasiones, prevenir luchas funestas, y velar por los intereses generales dispensándoles peregrina proteccion y eficaz fomento; si no se hubiera ya visto desde entonces en todos los pueblos una sagaz prevision del escollo en que peligraba de estrellarse la sociedad, por dejar sin ningun linaje de contrapeso el poderío de los reyes; si esto se hubiera verificado después de la revolucion religiosa del siglo xvi, entonces tuviera el aserto alguna verosimilitud, ó al menos no habria el inconveniente de verle desde luego en clara oposicion con las mas reparables y ciertas fechas.

Por de pronto quiero conceder que en toda clase de materias sociales, políticas y administrativas, se hayan hecho desde entonces grandes adelantos; ¿siguese de esto que sean debidos á la reforma protestante? Lo que era necesario es que dos sociedades enteramente semejantes en posicion y circunstancias, separadas empero por larga distancia de tiempos para que no se pudieran afectar recíprocamente, hubiesen estado sujetas, la una á la influencia católica, y la otra á la protestante; en tal caso habrian podido presentarse ambas religiones y decir: *esto es mi obra*. Pero comparar ahora tiempos muy diferentes, circunstancias nada parecidas, posiciones excepcionales con épocas comunes; y no considerar que los primeros pasos en todas las cosas son siempre los

mas difíciles; y que el mayor mérito es el de la invencion; y aun después que se ha incurrido en tan palpables defectos de lógica, empeñarse en atribuir á un hecho todos los otros hechos solo porque han venido después de él, esto es no tener un deseo sincero de la verdad, es empeñarse en adulterar la historia.

La organizacion de la sociedad europea, tal como la encontró el Protestantismo, no era ciertamente lo que debia ser; pero era sí todo lo que podia ser. A menos que la Providencia hubiera querido conducir el mundo por medios de prodigios, no era dable que en aquella sazón se hallase la Europa constituida de otra manera mas ventajosa. Los elementos de adelanto, de felicidad, de civilizacion y cultura, estaban en su seno, eran abundantes y poderosos; con la accion del tiempo iban desenvolviéndose de un modo verdaderamente admirable; y ya que á fuerza de dolorosas experiencias las doctrinas disolventes van menguando en prestigio y crédito, tal vez no esté lejos el dia en que todos los filósofos que examinen desinteresadamente esa época de la historia, convengan en que la sociedad habia recibido entonces el movimiento mas acertado; y que viniendo el Protestantismo á torcerle el curso, no hizo mas que precipitarla por un rumbo sembrado de escollos, donde ha estado ya á pique de zozobrar, y donde zozobraría tal vez, si la mano del Altísimo no fuese mas poderosa que el débil brazo del hombre.

Gloríanse los protestantes de haber hecho un gran servicio á la sociedad, quebrantando en unas partes y enervando en otras, el poder de los papas: por lo que toca á la supremacia en relacion á las cosas de fé, basta lo dicho sobre las desastrosas consecuencias del espíritu privado; y por lo concerniente á la disciplina, como no trato de engolfarme en materias que llevarian sobrado lejos los límites de esta obra, solo rogaré á mis adversarios que reflexionen, si es prudente dejar á una sociedad extendida por todo el mundo, sin legislador ni juez, sin árbitro, sin consultor, sin jefe.

Poder temporal. Esta palabra ha sido por mucho tiempo el espantajo de los reyes, la enseña de los partidos anticatólicos, el lazo donde han caido muchos hombres de buena fé, el blanco contra el cual han asestado con mas libertad sus tiros los políticos mal contentos, los escritores ofendidos, los canonistas adustos; y nada mas natural, pues que en esta materia encontraban

ancho campo para desfogar sus resentimientos, y verter sospechosas doctrinas; seguros de que aparentando celo por el poder de los monarcas, encontrarían para los azares que pudieran ofrecerse, decidida proteccion en los palacios de los reyes. No es aquí el lugar de discutir una materia que ha dado campo á tan acaloradas y eruditas disputas; y sería esto tanto menos oportuno, cuanto no es regular que en la actualidad ninguna potencia abrigue recelos con respecto á usurpaciones temporales de la Santa Sede. Esta, que, digan lo que quieran sus enemigos, ha mostrado en todas épocas, hasta humanamente hablando, mas prudencia, mas tino, sufrimiento y cordura que ninguna otra potestad de la tierra, ha sabido tambien en los difícilísimos tiempos modernos, colocarse en tal posicion, que sin disminuir su dignidad, sin apartarla de sus altos deberes, la dejase no obstante desembarazada y flexible, para atemperarse á lo que reclamaban circunstancias diferentes.

Es indudable que el poder temporal del papa se habia con el transcurso de los tiempos elevado á tan grande altura, que ya no era solamente el sucesor de san Pedro, sino un consultor, un árbitro, un juez universal, de cuyo fallo era peligroso disentir, hasta con respecto á objetos meramente políticos. Con el movimiento general de Europa se habia este poder debilitado algun tanto; conservaba sin embargo cuando la aparicion del Protestantismo, tal ascendiente en los ánimos, inspiraba tales sentimientos de veneracion y respeto, y disponia de medios tan poderosos para defender sus derechos, sostener sus pretensiones, apoyar sus juicios y hacer respetar sus consejos, que aun los monarcas mas poderosos de Europa consideraban como inconveniente de mucha gravedad en un negocio cualquiera, el contar como adversaria á la corte de Roma; por cuyo motivo, procuraban siempre con grande ahinco captarse su benevolencia y alcanzar su amistad. De manera que se habia constituido Roma en centro general de negociaciones, y no habia asunto importante que pudiera sustraerse á su influencia.

Tanto se ha declamado contra ese poder colosal, contra esa pretendida usurpacion de derechos, que no parece sino que los papas fueron una serie de profundos conspiradores, que con sus manejos y artificios á nada menos aspiraban que á la monarquía universal.

Ya que se ha querido blasonar de espíritu de observacion y de análisis de los hechos, era necesario reparar que el poder temporal de los papas se robusteció y extendió cuando aun no se hallaban verdaderamente constituidos ninguno de los otros poderes; así, el llamarle usurpacion, es no solo una inexactitud, sino tambien un anacronismo. En el trastorno general en que se hallaron sumidas todas las sociedades europeas con la irrupcion de los bárbaros, en la informe y monstruosa amalgama que se hizo de razas, leyes, costumbres y tradiciones, no quedó ninguna base sobre que pudiera labrarse la civilizacion y cultura, ningun punto luminoso que iluminara aquel caos, ningun elemento bastante á fecundar de nuevo las semillas de regeneracion que yacian sepultadas en medio de escombros y de sangre, sino el cristianismo; y así es, que dominando, humillando, anonadando los restos de las otras religiones, se eleva como solitaria columna en el centro de una ciudad arruinada, como antorcha brillante en medio de un horizonte de tinieblas.

Bárbaros como eran los pueblos conquistadores, y engreidos con sus triunfos, doblegan sin embargo su cerviz bajo el cayado de los pastores del rebaño de Jesucristo; y estos hombres tan nuevos para ellos, que les hablan un lenguaje superior y divino, adquieren sobre los feroces caudillos de aquellas ordas un ascendiente tan eficaz y duradero, que no fué bastante á destruirle el trascurso de los siglos. Hé aquí la raiz del poder temporal; y bien se alcanza que elevado el papa sobre todos los demás pastores en el edificio de la Iglesia, como la soberbia cúpula sobre las demás partes de un magnífico templo, su poder debia tambien levantarse sobre el poder temporal de los simples obispos, echando además raíces mas profundas, mas robustas, mas trabadas y estendidas. Todos los principios de legislacion, todas las bases de la sociedad, todos los elementos de cultura, todo cuanto habia quedado de artes y de ciencias, todo estaba en manos de la religion, y todo se puso por consecuencia muy natural bajo la sombra del solio pontificio; como que este era el único poder que obraba con orden, concierto y regularidad, el único que ofrecia prendas de estabilidad y firmeza. Sucediéronse unas guerras á otras guerras, unos trastornos á otros trastornos, unas formas á otras formas; pero el hecho grande, general, dominante, fué siempre el mismo; y es cosa risible el oír á tanto hablador ape-

lidiando un fenómeno tan natural, tan inevitable, y sobre todo tan provechoso, "serie de atentados y de usurpaciones contra el poder temporal."

Para que un poder sea usurpado, es menester que exista; ¿y dónde existía entonces? ¿en los reyes, juguete, y á menudo víctima de orgullosos barones? ¿En los señores feudales, que estaban en lucha continua entre sí, y con los reyes y con los pueblos? ¿En el pueblo, tropa de esclavos, que merced á los esfuerzos de la religion se iba lentamente emancipando? que reuniéndose para resistir á los señores, alzando la voz para reclamar la proteccion de los reyes, ó demandando á la Iglesia un auxilio contra los atropellamientos y vejaciones de unos y otros, era no mas que un confuso embrión de sociedad, sin reglas fijas, sin gobierno, sin leyes? ¿Con qué buena fé se han podido comparar nuestros tiempos con aquellos tiempos, queriendo aplicar reglas de delinde de autoridad, solo admisibles en sociedades que habiendo ya desarrollado los elementos de vida y civilizaci6n, y asentadas sobre basas firmes y duraderas, ordenan las funciones de los poderes sociales, entrando en minuciosos detalles sobre el límite de las respectivas atribuciones?

No debiera haberse olvidado que discurrir de otra manera es pedir órden al caos, regularidad á las oleadas de una tormenta. No debiera haberse olvidado tampoco un hecho general y constante como fundado en la misma naturaleza de las cosas, hecho de que da repetidas lecciones la historia de todos los tiempos y paises, y que señaladamente se ha mostrado de un modo muy notable en las revoluciones de los pueblos modernos, cual es, que siempre que hay un gran desórden en la sociedad se presenta un principio fuerte para contrarestarle. Empiézase la lucha, se repiten, se avivan, se multiplican los choques, pero al fin cede el principio de desórden al principio de órden, y queda dominante por largo tiempo en la sociedad el que ha obtenido el triunfo. Este principio será mas ó menos justo, mas ó menos racional, mas ó menos violento, mas ó menos apto para llenar el objeto de su destino; pero sea cual fuere, y como quiera, siempre prevalece, á menos que durante la lucha no se presente otro mejor y mas fuerte que pueda reemplazarle.

Ahora bien, en los siglos medios este principio era la Iglesia cristiana; y ella era la única que podia serlo, porque en sus dog-

mas tenia la verdad, en sus leyes la justicia, en su gobierno la regularidad y la prudencia. Ella era á la saz6n el único elemento de vida, la depositaria del gran pensamiento que debia reorganizar la sociedad; y este pensamiento no era abstracto y vago, y sí positivo, práctico, aplicable, como descendido de la boca de aquel cuya palabra fecunda la nada, y hace brotar la luz en medio de las tinieblas. Así debia suceder que habiendo penetrado hasta el corazon de la sociedad sus dogmas sublimes, se apoderase tambien de las costumbres su moral pura, fraternal y consoladora; y que las formas de gobierno, los sistemas de legislacion, participasen mas ó menos de su poderosa y suave influencia. Estos son hechos, nada mas que hechos; y enlazándose con ellos otro, cual es, que el centro de esta religion, que con tan legítimos títulos iba extendiendo su provechoso predominio, estaba en manos del pontífice romano, bien claro es que muy naturalmente debia encontrarse elevado su poder sobre todos los otros de la tierra.

Después de contemplar ese magnífico cuadro que á nuestros ojos despliega la fiel y sencilla narracion de la historia, el pararse en los defectos ó vicios de algunos hombres, el alegar demasías, yerros ó vicios, patrimonio inseparable de la humanidad, el andar á caza de ellos al través de larga serie de tenebrosos siglos, amontonarlos, reunirlos en un punto de vista para que hieran con mas fuerza, y sorprendan á la credulidad é ignorancia, el insistir sobre los mismos, exagerándolos, desfigurándolos y cubriéndolos de negros colores, es tener muy menguada la vista, es conocer muy escasamente la filosofía de la historia; y sobre todo, es acreditarse de espíritu parcial, de miras podq elevadas, de sentimientos mezquinos y rencorosos. Es preciso decirlo en alta voz, para que se oiga, es necesario repetirlo una y mil veces, para que no se olvide: no se respetan los límites que no existen, no se usurpa el poder cuando se crea, no se violan las leyes cuando se forman, no se inducen perturbaciones en la sociedad cuando se desembrolla el caos que la envuelve. Esto hizo la Iglesia, esto hicieron los papas (14).

